



Sentir, sí, pero con todo el cuerpo

Los sentidos son la puerta de la percepción. Diane Ackerman, en su libro *Una historia natural de los sentidos*, nos introduce al conocimiento de éstos de una forma asequible y personal. Es notable la manera en que ilustra cómo el arte y la ciencia se intrincan.

Una historia natural de los sentidos es uno de los primeros títulos de la autora Diane Ackerman, y probablemente el que más renombre le ha dado. Esta obra es un ensayo dirigido a un público amplio, deseoso de conocer más acerca de los sentidos, de manera anecdótica, sin perder rigor académico y sin emplear un lenguaje técnico.

Para Ackerman, cada uno de los sentidos del cuerpo humano es una puerta directa hacia la comprensión del mundo natural. Para ayudarnos a entenderlos mejor, emprende una comparación con otras puertas similares que encuentra en los animales y otras que existen en las plantas, aunque no tan inmediatamente semejantes pero, sin duda, relacionadas. Además,





nos cuenta cómo han cambiado nuestros propios sentidos en el transcurso de la evolución.

Ackerman nos introduce de manera gradual y elegante a una selección de anécdotas sensoriales. En su viaje, la autora nos guía con una narrativa poética para explicar la labor de cada sentido y los mecanismos que posibilitan o impiden su función. Esta narrativa incluye datos científicos, citas de otros literatos o artistas y, de forma más abundante, la descripción de sus propias experiencias sensoriales, así como su fascinación por descubrir el mundo a través de cada una de ellas.

Para abordar las cinco rutas de percepción de la realidad, Ackerman observa y escribe. Inicia con el sentido del olfato, tal vez el que mejor describe y analiza a pesar de la inaprehensibilidad de su objeto. No es difícil suponer que la escritora ha establecido una relación muy importante entre su propio entendimiento del mundo y su olfato; así, por ejemplo, nos refiere: “Las violetas huelen como terrones de azúcar morena empapados en limón, y como terciopelo, podría decir, haciendo lo que hacemos siempre: definir un olor por medio de otro olor o por medio de otro sentido.” La conexión entre éste y la memoria es para ella una herramienta fundamental para entender, y luego entonces narrar, la fuerte interacción entre los sentidos y las emociones.

En cuanto al sentido del gusto, por su cercanía en funciones y sensaciones, éste tiene para ella una gran importancia emotiva, de tal manera que nos cuestiona:

¿Qué comida le pide su cuerpo? Haga la pregunta con suficiente énfasis en el verbo, y la respuesta muy probablemente será “chocolate”. Comenzaron a consumirlo los indios de América Central y del Sur. Los aztecas lo llamaban *xocoatl*; lo tenían por un don del dios de la sabiduría y el conocimiento, Quetzalcóatl, y servía como bebida en la corte, pues el poder que confería sólo podía ponerse en manos de gobernantes y soldados.

A continuación establece el nexo con aspectos neurobiológicos que nos aportan una idea del porqué presentamos esa avidez cuando tenemos una predisposición a elegir ciertos alimentos. Entonces refiere: “En 1982, los doctores Michael Leibowitz y Donald Klein, psicofarmacólogos, propusieron una explicación del motivo por el cual las personas que sufren del mal de amor se vuelven devoradoras de chocolate.”





A Natural History of the Senses

Diane Ackerman, *A Natural History of the Senses*, Random House, 1990/Traducción al español de editorial Anagrama, 2000.

Diane Ackerman es una escritora, poeta y naturalista, bien reconocida por su obra original en inglés: *A Natural History of the Senses*, la cual fue traducida al español por César Aira y publicada por la editorial Anagrama en el año 2000. Además de ser escritora, Ackerman ha sido una aventurera piloto, egresada de las universidades de Pennsylvania y Cornell, quien tuvo además el privilegio de contar con la presencia del famoso astrónomo y divulgador de ciencia Carl Sagan en su disertación de grado. Por si fuera poco, una feromona de cocodrilo fue bautizada en su nombre: la molécula dianeackeron.

A continuación, la autora discurre sobre el tacto:

Es el sentido más antiguo, y el más urgente. Si un tigre está apoyando su zarpa contra nuestro hombro, necesitamos saberlo de inmediato. Cualquier contacto, o cambio en un contacto (por ejemplo, un aumento en la presión), pone al cerebro en una fiebre de actividad. Un contacto continuo de poca intensidad se vuelve un fondo sobre el que se siente lo demás.

Señala que la piel es el órgano más grande del cuerpo y tiene la capacidad de percibir una amplia gama de estímulos, desde la sutileza de la brisa hasta el dolor más intenso. Ackerman analiza datos, enfoca la experiencia, nos sumerge de lleno en la sensación de tocar en toda su extensión y traza una ruta bien definida entre el estímulo, la emoción y el razonamiento que de ahí se deriva. El tacto es abordado de manera más racional, aunque no desdeña expresar con sensualidad cómo se lleva a cabo la estrecha comunicación humana que se desarrolla a través de la experiencia sexual, ciento por ciento establecida a través del mismo e íntimamente ligada a la emoción.

Cuando toca el turno a la audición, la situación cambia. La experiencia de la autora se pone en el cen-

tro y domina el territorio de la explicación y, a pesar de la abundante recolección de datos y experiencias, su descripción y análisis se concentran en la música y en la observación de las plantas y las flores. Aunque ambas se dan de forma sistemática y a profundidad, el lector termina extrañando el resto de los elementos que acompañaban el análisis de los otros sentidos, aunque no carente de anécdotas, que sin lugar a dudas valoraría un musicólogo. Así, se lee:

Saltemos por un instante a 1940, en Río de Janeiro, a una elegante mansión propiedad del compositor brasileño Héctor Villalobos, cuya música, austera y profusa a la vez, comienza con las formas ordenadas de la convención europea y más adelante explota en los sonidos chillones, jadeantes, inquietos, tintineantes de la jungla amazónica. Villalobos solía componer al piano, en su salón, de la siguiente manera: abría las ventanas que daban a las montañas que rodean Río, elegía una perspectiva para la jornada, dibujaba el perfil de las montañas en su papel pautado y utilizaba ese dibujo como línea melódica.

Por otra parte, la autora nos sugiere cómo la visión puede ser ampliada más allá de nuestra propia capacidad por medio de herramientas cada vez más sofisticadas, las cuales permiten “confiarnos un poco más en el resultado”.

Para concluir, Ackerman aterriza en la sinestesia, la rara condición de algunas personas de escuchar los colores, oler los sonidos, ver los olores, palpar las palabras. Se trata acaso de una dilación evolutiva en el cerebro, debido a la cual algunos cuerpos perciben impulsos con uno o más sentidos, como las vibraciones aéreas que el resto recibimos como sonidos y que para ellos se expresan también como colores. Al final, en sus palabras de cierre, Ackerman enfatiza que para ella la experiencia sensorial es integral, y no sólo eso, sino que sus observaciones la llevan a pensar que hay más sentidos físicos que los cinco que hemos definido como nuestra conexión con el mundo.

El libro merece nuestro esfuerzo por leerlo en su idioma original, ya que en su análisis involucra también las sensaciones que producen las palabras; cómo las escuchamos y decimos, con una percepción que cambia completamente de lengua a lengua y define





nuestras culturas. Así, comprendemos mejor cuando desmenuza las palabras para hacernos comprender:

En árabe, *absurdo* es no ser capaz de oír. En inglés, un *surd* es una imposibilidad matemática, el centro de la palabra *absurdo*, que heredamos del latín *surdus*, “sordo o mudo”, la cual es una traducción del árabe *jadr asamm*.

No obstante, la traducción de la obra al español conserva su espíritu general. Es un libro publicado en 1990, dato que no debemos pasar por alto al momento de leerlo, ya que hoy la ciencia ha desarrollado una comprensión diferente de algunos temas que la escritora aborda. Por mencionar el más notorio, en aquella década, aunque ya existían fuertes evidencias acerca de la regeneración de las neuronas en aves, apenas comenzaba a obtenerse más información sobre la plasticidad y la neurogénesis en mamíferos. En materia antropológica, también se ha logrado descartar el término *culturas primitivas*, destacando solamente la localización o temporalidad de los grupos humanos y sus prácticas. Son cuestiones que a inicios de la década de 1990 Ackerman apenas vislumbraba. Tampoco podría haber intuido la manera en que los medios digitales y las redes sociales han modificado nuestras formas de percepción e interacción con el mundo natural.

En todo caso, cabe preguntarnos, como lo hace la misma autora:

Muchos miles de años en el futuro, ¿evolucionaremos como seres que perciban el mundo de forma distinta, empleando los sentidos en forma diferente, y tal vez conozcamos el mundo de forma más íntima? ¿O estas almas del futuro, quizá más lejos de cualquier sensación física del mundo, nos envidien a nosotros, los apasionados, que nos engolosinamos en la vida, sentido a sentido, sueño a sueño?

Tal vez no tengamos que esperar milenios para responder a esa pregunta.

Andrea Ávila estudió periodismo en la Universidad Nacional Autónoma de México. Hizo la maestría en Letras Modernas en la Universidad Anáhuac y la de Letras Contemporáneas en la Universidad Iberoamericana. Cursó el programa de doctorado en la Universidad de Western (Canadá), donde descubrió la relación de la neurociencia y el estudio de las artes y las letras. Recibió el grado en 2012 y desde entonces se ha dedicado a ensanchar su conocimiento sobre cuestiones científicas, ha establecido como metodología personal la combinación de diferentes disciplinas para analizar fenómenos de arte contemporáneo, como el circo y el teatro de alto contenido tecnológico. Sus intereses de investigación son el teatro hipertecnológico y la evolución de la identidad de comunidades latinoamericanas en Canadá.

andrea_avila@yahoo.com

María del Carmen Frías Castañeda estudió la carrera de Biología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); realizó la maestría y el doctorado en Neurobiología y Ciencias Biomédicas, respectivamente, en el Instituto de Neurobiología de la UNAM. Participó en un grupo interdisciplinario dirigido por la doctora Rosalinda Guevara de la Facultad de Medicina de la UNAM, con el fin de validar una prueba olfatoria para ser empleada como prueba diagnóstica de la enfermedad de Alzheimer. Realizó una estancia posdoctoral en el Departamento de Neurología en la Escuela de Medicina de la Universidad de California, Los Ángeles, y una segunda estancia posdoctoral en la Universidad de Western (Canadá). Actualmente labora en la Escuela de Medicina de la Universidad Anáhuac Mayab, Mérida, como profesora investigadora, para dedicarse a la docencia y continuar la línea de investigación del olfato y las enfermedades neurodegenerativas. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, nivel I.

maria.frias@anahuac.mx

